

## LOS CONOCIMIENTOS ACERCA DEL NUEVO MUNDO EN LOS PAÍSES BAJOS SEPTENTRIONALES DURANTE LOS SIGLOS XVI Y XVII

JAN LECHNER  
Universidad de Leiden

Cada vez progresan más nuestros conocimientos acerca de las impresiones de textos españoles y de las traducciones y versiones que de los mismos se han hecho en los Países Bajos Septentrionales desde el siglo XVI. Sin embargo, no sabemos prácticamente nada referente a lo que leían los habitantes de estos territorios durante el período que va del siglo XVI al XVIII. Es que, hasta la fecha, los hispanistas holandeses han dedicado mucha atención a ciertos aspectos de la producción de textos, pero muy poca o ninguna a su consumo y se han interesado, además, casi exclusivamente por la literatura de ficción —prosa narrativa, teatro, poesía—, de modo que los textos escritos por los historiadores españoles, tanto los que se ocuparon de las guerras de Flandes (de algunas de cuyas obras el hispanista Johan Brouwer tradujo fragmentos), como sobre todo los de los historiadores de Indias, constituyen un campo muy mal explorado.

Nos dimos cuenta de las lagunas que hay todavía en este terreno al examinar, hace algún tiempo, el catálogo de venta de la biblioteca de un gran estadista, Felipe de Márnix, señor de Santa Aldagunda, que es el catálogo *impreso* más temprano (1599) que se conserva. Actualmente estamos preparando un trabajo que estudie lo que se sabía en estas latitudes, entre digamos 1500 y fines del XVIII, acerca de la cultura hispánica de Europa y la de ultramar, y qué ideas se hacían los habitantes de los Países Bajos Septentrionales de las Indias y de las diversas culturas americanas. En este contexto, y como primer paso en el camino hacia un estudio más completo, es de capital importancia el tema de los textos de autores españoles que se encontraban en las bibliotecas holandesas (empleamos este término para no tener que decir continuamente «de los Países Bajos Septentrionales»).

De momento sólo quisiéramos hacer algunas observaciones acerca de una

parcela de este terreno, es decir, acerca de los textos de historiadores de Indias. Utilizamos el término «historiadores de Indias» en su acepción corriente, es decir, en el de escritores sobre la historia de las Indias Occidentales, ya que, como se comprenderá, en las bibliotecas de los Países Bajos Septentrionales, que a partir de 1596 se lanzaron a explorar con su pujante flota el espacio del sureste asiático, no es de despreciar el número de autores que escribieron sobre las Indias Orientales y el Japón.

Al hablar de las bibliotecas holandesas, somos bien conscientes de que, evidentemente, los libros de historiadores de Indias no eran la única fuente en la que bebían los intelectuales de estos territorios para hacerse una idea de cómo era América. Papel importante desempeñaron también los mapas y atlas —los de Sebastián Münster y Ortelius (bastante bien representados en los catálogos que hemos consultado), de Mercator y Blaeu, tema que trataremos en otro lugar— y los grabados y mapas que adornan ciertas ediciones de historiadores de Indias (Cieza de León, Amberes, 1554; Herrera, Madrid, 1601-1615; Ovalle, Roma, 1646, por ejemplo). Hay que pensar, además, en los relatos de navegantes holandeses que habían visitado ciertas partes del Nuevo Mundo a partir del año 1596, fecha en que se publicó el importante *Itinerario* de Jan Huygen van Linschoten. Como punto de partida para otros relatos del mismo género, las 62 páginas que en la edición original dedica Van Linschoten al Brasil, a Nueva España, a «Guatemala», «Fonduras», Nicaragua y Perú, a las ciudades de Quito y Cuzco, llaman la atención por su detenida observación de la gente y sus costumbres, ciudades y climas, plasmada en una prosa de la que está ausente cualquier condescendencia eurocéntrica. En cuanto a los 546 grabados que contenía la famosa, y ya en sus propios tiempos lujosa, colección *Civitates Orbis Terrarum* de Braun y Hogenberg, sólo dos, los dos últimos, se referían a América —siendo vistas de las ciudades de Cuzco y México—; de este sexto tomo, que se publicó en 1617, no hemos visto ninguna mención en ningún catálogo. Dos veces hemos topado con los *Dos libros* (Sevilla, 1569) en que Nicolás Monardes, que no estuvo en las Indias, describe las yerbas medicinales de las Islas y de Nueva España.

Pero volvamos a los historiadores propiamente dichos. Hasta ahora, hemos despojado 34 catálogos, cuyas fechas van de 1599 hasta 1716. Describen, respectivamente: a) la venta en pública subasta de las bibliotecas particulares de 24 intelectuales; b) los libros que ofrecían a su clientela 5 libreros-editores (representados por 6 catálogos); c) los fondos de la biblioteca de la universidad más antigua del país, la de Leiden, fundada en 1575, descritos en los catálogos de 1595 (la primera que se hizo), de 1640 y 1716 (hemos saltado los de 1607, 1612, 1623 y 1636). También hemos consultado: d) un inventario, confeccionado en 1980, de lo que en ese año se conservaba en la biblioteca de la Universidad de Amsterdam en cuanto a impresiones y traducciones/versiones de textos

españoles publicados entre 1550 y 1800 (con la excepción de traducciones del *Amadís*, los *Palmerines* y del *Quijote*).

De estos 34 inventarios, 26 cubren el período de 1599 a 1610; 6 van de 1611 a 1656, 4 se refieren a los años entre 1657 y 1695 y 1 a 1716. En lo que se refiere a la distribución geográfica de las bibliotecas, todas menos una se localizan en el triángulo que se puede trazar entre las ciudades de Amsterdam, Rotterdam y Utrecht; una de las bibliotecas se encuentra más bien en la «periferia» de aquel entonces, siendo de Middelburgo, ciudad de la provincia de Zelanda. Lo mismo cabe observar acerca de la localización de los domicilios de los libreros-editores y de la biblioteca de Leiden. El triángulo mencionado corresponde con el territorio donde, en la realidad de aquellos tiempos como en la de hoy, se producía la mayor parte de la cultura escrita, se decidían las cuestiones políticas y donde se encontraban los focos de la vida comercial, los bancos y los empalmes de las vías de comunicación, sea por tierra, sea por agua.

Entre los 24 poseedores de estas bibliotecas particulares de los que disponemos de detalles biográficos y que, como es de suponer, pertenecían a las capas acomodadas de la sociedad, encontramos a: 3 estadistas, 2 catedráticos de teología, 3 catedráticos de humanidades, 1 médico, 2 pastores protestantes, 1 director de una escuela secundaria, 1 magistrado, 1 comerciante, 1 matemático-físico-astrónomo y 2 hijos de un conocido humanista. Seis de estos 24 intelectuales procedían originalmente de los Países Bajos Meridionales, pero pasaron la mayor parte de su vida adulta aquí; el séptimo, Escalígero, era oriundo de Francia. Creemos que este conjunto, cuyos miembros nacieron y murieron entre 1538 y 1649 respectivamente, constituye una muestra bastante representativa de la intelectualidad holandesa de entonces.

Lo primero que cabe observar es que, no obstante el considerable número de textos de autores españoles (escritos ya en español, ya en latín o en alguna otra lengua europea y publicados tanto dentro como fuera de España) que ostentan los catálogos que hemos visto, los historiadores de Indias sólo constituyen una parte mínima del total de títulos, variando de un 2% a un 9% del total de títulos de autores españoles mencionados. No creemos que de este dato se pueda inferir que en estos territorios hubiera un marcado desinterés por el Nuevo Mundo. Primero, porque en estos catálogos el número de otros historiadores europeos no es más crecido. Segundo, porque en toda la Europa de esa época predominaban en las bibliotecas los historiadores de la antigüedad clásica.

El mayor número de textos de historiadores de Indias lo encontramos en las bibliotecas de los tres catedráticos de humanidades y en la de un ilustrado y culto hombre de negocios. Para dar una idea concreta de proporciones, he aquí unos datos. El catálogo de venta de la biblioteca del catedrático de griego Vulcanius (de 1610) ostenta un total de 2.245 lotes; 78 de los mismos constituyen obras de autores españoles, y de estos 78 los textos de historiadores de Indias suman 8. En el caso de Escalígero (catálogo de 1609): un total de 1.383 lotes,

de los cuales 17 son textos de autores españoles, y de este último número 3 son de historiadores de Indias. En cuanto a Vossius (catálogo de 1656), hay un total de 2.490 títulos, entre los cuales contamos 105 textos de autores españoles y de éstos 3 son de historiadores de Indias (aunque hay que añadir otros 3 textos sobre el Nuevo Mundo en traducción). El comerciante Van der Meulen (catálogo de 1600) poseía 1.162 lotes; de estos mismos, 20 títulos eran de autores españoles, de los cuales 3 eran historiadores de Indias (y hay que añadir 2 títulos en traducción). Como se ve, se trata de números bien modestos y lo mismo se puede decir acerca de los catálogos de los librerías-editores, con la excepción de uno (de fines del año 1603 o comienzos de 1604), que ofrece un total de 1.966 títulos, entre los cuales hay 121 de autores españoles y dentro de este sector encontramos 9 historiadores de Indias (uno en lengua española y 3 en traducción, más 5 obras de autores no españoles).

Contrariamente a lo que podría pensarse, teniendo en cuenta el éxito que tuvo la *Brevísima* de Las Casas —por lo demás, no un texto específicamente histórico— en los Países Bajos, sobre todo durante el período de la Sublevación (1568-1648): 21 ediciones equivalentes a 31 impresiones de la traducción al holandés entre 1578 y 1706, no es éste el texto mejor representado en los catálogos que hemos examinado hasta ahora. Es verdad que constan ejemplares de la primera edición (1552) de los siete opúsculos entre los cuales se encontraba la *Brevísima*, así como versiones al holandés (procedentes, dicho sea de paso, todos del modelo que ofreció la primera, de 1578), pero el número de otros libros de historiadores de Indias suma 5 veces tanto.

En cuanto a traducciones, convendría recordar que se hicieron versiones al holandés de Cortés, Zárate, Acosta, así como de fragmentos de un texto que sólo en parte se puede considerar como Historia, la *Araucana* de Ercilla. Sin embargo, no hemos encontrado traducciones al holandés de textos de Colón, de Oviedo, Gómara —autor, este último, que constituía un «éxito de librería», tanto por las ediciones que se hicieron de su obra en estas regiones (5 ediciones en Amberes: una en 1553, 3 en 1554, y una en 1775), como por su presencia en las bibliotecas holandesas—, Cieza de León o Francisco de Jerez.

De los 24 intelectuales ya mencionados, 19 tenían uno o más textos de historiadores de Indias. ¿Quiénes eran, pues, los autores por cuyos libros los lectores holandeses del período estudiado podían enterarse de cómo era el Nuevo Mundo, o mejor dicho, de cómo les parecía a estos autores? Si exceptuamos la *Brevísima* (que figura 11 veces), la traducción fragmentaria de *La Araucana* (3 veces) y las *Elegías de varones ilustres de Indias* de Juan de Castellanos (2 veces), resulta que el autor mejor representado es Francisco López de Gómara (10 veces). Le siguen: Acosta (8 veces), Cieza de León y Zárate (6 veces cada uno). Oviedo sólo consta una vez, así como Pedro Mártir, mientras que Herrera y Tordesillas aparece 2 veces. También figuran la *Historia de la fundación y discurso de la provincia de México*, del cronista franciscano Agustín Dávila y

Padilla (una edición de Bruselas de 1625), y la *Histórica relación del reyno de Chile*, de Alonso de Ovalle, en su primera edición (Roma, 1646); ambos libros forman parte de bibliotecas particulares.

Hay que tener en cuenta que al lado de los autores que hemos mencionado, también aparecen títulos de escritores no españoles sobre América (¡al punzante Benzoni sólo le hemos visto mencionado una vez!) y ciertas misceláneas sobre América que no suelen especificar su contenido, y que en gran parte proceden de Alemania e Italia. De tales textos hay lo menos 15 en los catálogos.

De los 52 ejemplares de 12 autores diferentes (si incluimos a Ercilla y Juan de Castellanos) que hemos encontrado hasta ahora, 30 están escritos en español y 22 figuran en traducciones a otras lenguas. En cuanto a la procedencia de estos libros (no todos los catálogos mencionan el lugar ni el año de publicación), 11 vienen de Amberes; 3 de Bruselas; 6 de España y 26 de otras partes de Europa. De los 10 Gómara que hemos mencionado, 6 proceden de Amberes y son todos del año 1554. Los Acosta (8 ejemplares) proceden en 3 casos de Francia (París, 1598, 1600, y sólo «París»), en un caso de Madrid (1608), y en otros 2 de Holanda (Enkhuizen, 1598 y 1624). Cieza de León sólo una vez lleva datos acerca de la edición: Amberes, 1554. En cuanto a Zárate, hay 2 impresiones antuerpienses, ambas de 1555 (que es la primera edición), y una traducción holandesa de 1596.

De lo que antecede, queda, pues, claro que los intelectuales de los Países Bajos Septentrionales dependían en primer lugar del mercado editorial no español (de 46 ejemplares identificados, sólo 6 venían impresos en España). Dadas las condiciones de transporte de la época, o quizá simplemente las oportunidades ofrecidas a librerías y compradores por la cercanía geográfica, el dato no ha de extrañar.

En la medida en que los títulos descritos en los catálogos nos ofrecen datos acerca del año de la impresión del texto, se observa que de 45 ejemplares, 3 pertenecen al período de antes de 1550; 15 a los años que van de 1550 a 1575; otros 15 a los 25 años siguientes, es decir, al período 1575-1600; 6 a sendos períodos 1600-1625 y 1625-1650 y ninguno a los años comprendidos entre 1650 y 1675. O sea que las dos terceras partes de los ejemplares identificables a este respecto proceden de la segunda mitad del siglo XVI.

Caso curioso lo constituyen las bibliotecas de la Universidad de Leiden y de la de Amsterdam (cuyo Atheneum Illustre data de 1632). En el catálogo de la biblioteca de Leiden de 1595 no figura ningún historiador de Indias; en el de 1640 aparece una edición latina de Herrera (Amsterdam, 1622) y en el de 1716 constan sendas traducciones de Zárate, Acosta, Ercilla y de la *Brevíssima*, más un Herrera en traducción holandesa (Amsterdam, 1612). Según el ya mencionado inventario de la biblioteca universitaria de Amsterdam, confeccionado en 1980, sólo hay un texto de Zárate, en traducción (Amsterdam, 1596), y nada más. Incluso si se tiene en cuenta la posibilidad de que en el curso de los años algunos textos de esa biblioteca se hayan perdido o extraviado, así como de la de Leiden, es absurdamente reducido el número de historiadores de Indias que figuran en

sus fondos, sobre todo si se comparan con las bibliotecas particulares de los tres catedráticos de humanidades que hemos mencionado anteriormente.

\* \* \*

¿Qué podemos concluir de lo que antecede? Primero, que por los textos presentes en las bibliotecas los holandeses sabían más del Perú (6 Cieza de León, 6 Zárate, 10 Gómara *Historia general*) que, por ejemplo de Nueva España, y más de América del Sur que de Centroamérica (si añadimos a los autores mencionados Ercilla, Ovalle y Acosta). La imagen que tenían del Nuevo Mundo era global y procedía, primero, de la pluma de un escritor que no había estado en las Indias: Gómara, y, después, de la interpretación —más crítica de las supuestas verdades europeas y más abierta en cuanto a los valores de las culturas indígenas— que ofrecía la lúcida e importante obra de Acosta.

Llama la atención el que ni el *Sumario* (de 1526) ni la gran *Historia* (de 1535) de Oviedo hayan inspirado a nadie a traducir estos primeros grandes inventarios del Nuevo Mundo, publicados en un período cuando no había ni el menor conflicto político entre España y los Países Bajos. Además, se hicieron bien pronto versiones italianas (Venecia, 1534, 1550-1556 y, ya más tarde, en 1606) y francesas (París, 1555 y 1556), que pudieron haber sugerido la importancia de la obra de este historiador de Indias. ¿O fue precisamente por estar traducidos sus textos a lenguas que a los intelectuales de los Países Bajos les eran tan familiares como el español? No lo sabemos.

Por lo que se refiere a la presencia de impresiones hechas en España de textos de historiadores de Indias, podría sacarse la conclusión de que hubo poco comercio de libros españoles entre España y los Países Bajos. La explicación lógica sería achacarlo al conflicto bélico entre España y sus territorios situados en el norte de Europa, ya que por más que sabemos que durante la Sublevación los contactos comerciales entre España y los Países Bajos seguían normalmente, podría argüirse que al fin y al cabo los libros de historia constituían una mercancía ideológica. Sin embargo, creemos que no está aquí la explicación, ya que en el terreno de textos de otros autores españoles, no historiadores de Indias, abundan en los catálogos que hemos estudiado las impresiones hechas en España. Suponemos, y ya lo hemos dicho, que fue la cercanía de Amberes, con su floreciente producción de libros, la que influyó más que nada en este estado de cosas.

Por fin, hay que tener en cuenta que de las obras de los historiadores de Indias que estaban impresas, pocos títulos faltaban en las bibliotecas holandesas. Las ideas e imágenes que provocaron la lectura de estas obras y los juicios y prejuicios acerca de América que tenían los intelectuales del período que hemos estudiado sólo los podremos conocer bien una vez que hayamos leído los textos —obra literaria o erudita, y correspondencia particular— que dejaron estos viajeros por los mundos escritos.